

Viendo las grietas en el suelo



Eduardo Lalo

En días recientes leí en la prensa que ante la cancelación del Premio Nobel de literatura, se ha creado una organización que concederá un Nobel alternativo. El jurado otorgará la distinción a fines de año a uno de los más de cuarenta candidatos que han sido preseleccionados. Un hecho llamativo (sorprendente para nuestra región, pero no necesariamente para otras) salta a la vista: en el listado de los considerados grandes escritores del mundo no se encuentra un solo latinoamericano.

Cuesta entender esta decisión de la nueva Academia Sueca nacida a raíz de la grave crisis moral de la anterior. Un vasto continente cuya literatura hace apenas unas décadas era considerada una de las más innovadoras y destacadas del mundo, no ha podido “meter” un candidato entre los finalistas.

La literatura no es fútbol, pero el nuevo Nobel tiene algo del Mundial de Rusia, o quizá de un síntoma más grave aún, porque en la competencia literaria ningún latinoamericano rebasó la fase de grupos. No conviene distraerse demasiado en estas comparaciones, aunque lo que importa y acaso sea síntoma es el hecho chocante de nuestra desaparición de las quinielas.

Por mucho tiempo la presencia universal de un Borges o de un García Márquez, de la generación del *boom* y sus adláteres, brindó a la cultura de un continente occidentalmente periférico la ilusión de la pertenencia plena. Sin embargo, considero que es pertinente reflexionar sobre cómo los centros culturales y los grandes consorcios editoriales del orbe consumieron nuestra literatura. Acaso allí, en su modo de lectura, se encuentre alguna luz para comprender nuestro descenso en el *ranking*.

Como es sabido, el período de mayor irradiación de la literatura de nuestro continente ocurrió en la década del 60 del pasado siglo. Antes de este período hubo en la región una literatura poderosa pero que muy difícilmente rebasaba los estrechos círculos literarios de las naciones. Éstas fueron por muchos años las circunstancias que determinaron la carrera de Borges, Onetti o Lezama Lima. Al igual que ellos, una legión de autores trascendentales produjeron sus obras antes de que las condiciones geopolíticas y culturales de esa década hicieran que la atención de las grandes ciudades literarias se fijara en los autores del boom. Pienso que si una generación literaria precisa una relectura es ésta justamente. ¿Qué imágenes de lo latinoamericano se desprendían de los grandes frescos literarios de este período y

por qué su naturaleza permitió su circulación masiva y prestigiosa? ¿Qué temáticas e imaginarios ofrecían como para que pudieran ser “traducidos” y consumidos por la gran máquina de la edición y la lectura occidentales?

Estas notas no son el lugar para desarrollar una respuesta detallada y enjundiosa. Basta ahora una reflexión que conduzca a una polémica que a mi juicio es necesaria. Más allá de sus indudables aciertos y calidad literaria, la generación de autores más prestigiosa del continente, produjo, intencionadamente o no, una literatura que Occidente podía aceptar (y hasta integrar) a partir de la concepción corriente que poseía y generalizaba en el mundo. En ella, Occidente no estaba puesto en entredicho. Borges era más occidentalista que un europeo. Podía dedicarse al estudio del anglosajón o el islandés, a Milton o Dante, y con la misma pluma desdeñar violentamente la cultura negra o el legado indígena (basta referirse a la abundancia de atroces comentarios al respecto que Bioy Casares consigna en el extenso libro sobre su amigo). García Márquez, más allá de su extraordinaria capacidad fabuladora, construía un Caribe latinoamericano cargado de muletillas fabulosas y conceptualmente neutrales. Cortázar y Fuentes, nuevamente más allá de la calidad de sus textos, se inscribían en una occidentalidad internacionalista, en una América Latina vivida asépticamente en Princeton o París.

No menosprecio a ninguno de estos autores, pero me interesa acercarme a sus obras sin pudor para comprender su circulación y la naturaleza de su lectura. Entre ellos y los escritores que los precedieron y algunos de los que vinieron después, hallo diferencias que considero importante destacar. Para entender lo que aquí se encuentra en juego, se debe considerar las diferencias de circulación y lectura entre Felisberto Hernández y Julio Cortázar, entre Arguedas y Vargas Llosa, entre Virgilio Piñera y Alejo Carpentier, entre Francisco Matos Paoli y Ernesto Cardenal.

Hubo una literatura latinoamericana que estuvo segura de su lugar, sino en la historia, al menos en el marco conceptual occidental. Antes de los autores del boom, éste no fue siempre el caso y pienso que en el momento actual tampoco lo es. Antes Luis Palés Matos, César Vallejo o Juan Rulfo despertaban incomodidades y por ello eran más difíciles de “leer”. *Cien años de soledad* es portentoso, pero simultáneamente inofensivo, apto para ser leído e integrado lo mismo por Obama que los miembros de la Real Academia Española.

América Latina es un territorio conquistado y en todo el continente la Conquista no ha terminado. Simplemente, la casta conquistadora ha mutado de generación en generación. Lo mismo puede decirse de los cómplices, patrocinadores y beneficiarios del expolio. Nuestra pertenencia (siempre problemática y parcial) a Occidente se dio mediante un rapto y las posteriores oficializaciones nacionales de una cadena pesada y cruel de malentendidos. La opinión de los jurados del Nobel alterno o del original, se dará siempre a partir de libros que entre los ojos del lector y la superficie de las páginas interponen la bruma de la historia. El verdadero libro latinoamericano será un error en la occidentalización del latinoamericano o no será.

¿Cómo escribir hoy en América Latina? Existe una larga y brillante tradición para iluminarnos al respecto. No obstante, considero que no es a partir de los modelos de mayor circulación universal de las literaturas del continente que esta escritura se da y se dará. América Latina es un mal sueño y su escritura debe construirse adentrándose en su pesadilla. Quizá sea una literatura *menor*, pero esto no es una minusvalía sino un vehículo de potenciación de la palabra. Quizá se debe ser “menor” como Alejandra Pizarnik, Enrique Lihn o José María Lima.

¿Cómo escribir hoy en América Latina?: viendo las grietas en el suelo.

Como se trata de verlas y entenderlas he aquí un texto de un autor *menor* que enfrenta a su ciudad *menor* escribiendo para un semanario *menor*. Contesto la pregunta desde el único territorio posible de la literatura: desde el texto mismo.

Bayamón

Quizá desde hace muchos años Bayamón fue una equivocación de San Juan. El pueblo de extenso territorio, cercano y al oeste de la capital, estaba en el camino de su expansión. Era inevitable que las calles y edificaciones de ambas municipalidades se encontraran formando una continuidad de brea y cemento. El hecho definitivo debió ocurrir en la década del 60 del pasado siglo, y al igual que ocurrió con Carolina y Guaynabo, lo que una vez fueron ciudades modestas y separadas, pasaron a ser extensos sectores del desparramamiento urbano de lo que se ha llamado el Área Metropolitana de San Juan.

Sin embargo, aun si la frontera entre las ciudades no era ya perceptible visualmente, ésta se preservó en las mentes. San Juan era marítima y lineal; Bayamón olía a tierra y había sido construida como un laberinto. Desde hace mucho es común afirmar que es fácil perderse en el dédalo de las urbanizaciones y barrios del inabarcable Bayamón, mientras que, sea cierto o no, casi todos presumimos de conocer a San Juan como la palma de la mano.

Por toda una época, para los que no vivían allí, Bayamón se redujo a un tapón. El vasto pueblo quedaba determinado por una suerte de monumento negativo, que adquiría dimensiones colosales e irritantes en la mañana y al caer la tarde, y que apenas veía decaer su vigor a lo largo del día. Su identidad automotriz era irónica, pues Bayamón languidecía en las imaginaciones como un desplazamiento casi estático por un buen pedazo de la carretera número 2. La ciudad era y sigue siendo esa vía sobrecargada y atroz, desprovista de un solo árbol, condenada al tueste irredento del sol, diseñada para los neumáticos: un homenaje al tubo de escape de un motor de combustión interna, en un universo distópico en el que los peatones han sido exterminados.

En varios y prolongados períodos de mi vida he residido a un paso de Bayamón. Mis rutinas y obligaciones se encontraban en otras zonas del Área Metropolitana, pero Bayamón era tan desmesurado y próximo que siempre me cobijó su sombra. Una noche, en la adolescencia, descubrí que era como cualquier ciudad: tenía una plaza, calles con casas y negocios, iglesia. Su condición suburbial causada por San Juan me había hecho, como a tantos otros, ciego a estas circunstancias.

Desde entonces regresé regularmente al casco urbano. Me interesaba más que el Bayamón plagado de centros comerciales y avenidas donde las aceras habían expulsado a los caminantes y acogido el parqueo de los carros. Conocí bien la vieja plaza y las calles alledañas que los sábados se llenaban de gente venida de pueblos circundantes. Conocí las tiendas ecuménicas y variopintas, que lo mismo vendían una peluca colorada que un crucifijo, una bola de baloncesto que un bongó. Caminé entre los vendedores ambulantes en tardes de sombra escueta y brisa imperceptible. Vi sobre el techo mismo de una casa el mejor anuncio imaginable de un dentista: una boca gigante con encías y dientes perfectamente alineados, capaz de resistir el ardor del sol y la violencia de la lluvia. Compré una botella de tinta Parker, en una farmacia que suplía la inclinación de su clientela a la automedicación alcohólica, con un estante repleto de canecas de Ron Palo Viejo, ubicada estratégicamente entre las aspirinas y la manteca de cacao. Vi recorrer las calles a las jaurías y a los mendigos, vi en las aceras los platos con restos de carne guisada y arroz blanco ofrendados por desconocidos para su manutención. Entré en cada visita a una papelería cercana a la plaza y entre libretas, lápices y panfletos con burdos dibujos de la geografía del mundo, leí los títulos de amarillentas ediciones de

Doña Bárbara, La charca y Terrazo. Compré papayas y piñas, guineos y aguacates, una mochila militar, clavos, martillo y serrucho. Bebí batidas de guanábana y comí dulces de coco. Y años más tarde, volví a recorrer esas calles armado con una cámara y tomé fotos de maniqués descabezados, de carros amarrados con cadenas a los postes, de la entrada de un edificio donde un letrero ordenaba: “No orine aquí”.

Bayamón era una lluvia de realidad o, aún mejor, era el erotismo de lo que existía, de lo que éramos. Si alguien quería percatarse de la patente condición latinoamericana de Puerto Rico, sólo tenía que pasar una tarde en esta ciudad, que por décadas incontables ha votado por alcaldes empeñados en la obtención de la estadidad para Puerto Rico. En sus calles, entre su gente, bailaban sin descanso nuestros delirios colectivos y las insustanciales imágenes y palabras, que se han repetido por un siglo chocando contra lo que era y perduraba.

Esta semana regresé a Bayamón. En visitas anteriores ya había visto los inquietantes indicios. Los últimos años han sido complejos y hacía mucho que no le había podido dedicar toda una tarde a su casco urbano. El Cantón Mall y sus dos calles aledañas recordaban los viejos tiempos, pero no tardaría en comprobar que esto era todo lo que quedaba. Crucé al otro lado de la avenida para adentrarme por las calzadas en las que por muchos años había de todo: tiendas que vendían ropa y objetos que el ejército había decomisado, comercios que parecían bazares, locales en los que todavía vendían radios de baterías y discos, talleres en donde neveras, estufas o televisores de hace dos décadas se habían reparado y puesto a la venta. Tomé la más larga de las calles comerciales. Junto a la avenida todavía quedaba una joyería o una casa de empeño. Según se avanzaba, a lo largo de los cientos de metros de la calzada, todos los locales tenían las cortinas metálicas desplegadas. De los pisos superiores de las antiguas tiendas, se sospechaba el rumor de una radio o de una voz. Solamente un local tenía la fachada abierta. Era una antigua tienda militar y allí se hallaba un hombre flaco y mayor. Detrás de él ya no había nada que vender. Una acumulación azarosa y tupida de objetos y cosas, de ropa sucia y un refrigerador sin puerta, de un mohoso estante de ferretería y una pila enorme de periódicos viejos, atestiguaba que la tienda se había transformado en una casa. El antiguo dueño o algún empleado era ahora el ocupante de un local inquilable.

Al final de la calzada había gente. Una mesa en la acera congregaba a tres o cuatro hombres. Al pasar junto a ellos uno dijo que su “seguro de vida era una mierda”. Tomé la calle siguiente. También había sido parte del hormiguero de antes. Una hilera de casas vacías, con las ventanas y puertas tapiadas burdamente por bloques de cemento, demostraban que una ciudad puede convertirse en un desierto.

Hacia el final de la calle, una casa parecía estar habitada pero era insólita: una especie de *tableau vivant* del desvarío. Detrás de la reja había una jirafa, más atrás en un círculo también enrejado, miraba un perro grande; en el centro, elevado por una estructura, despegaba una especie de helicóptero en miniatura pilotado por un muñeco. Sobre el aparato ondeaba la bandera dominicana y llevaba su nombre: “Cabra loca”.

He aquí el retrato de las ciudades de Puerto Rico luego de más de una década de depresión económica. Lo que alberga nuestra memoria ya no está. El pasado y el futuro han muerto y solamente perduran las ruinas del presente. En la única casa habitada de la zona, un inmigrante dominicano culminaba su periplo de un desastre a otro y armaba una fantasía en la que escapaba en un helicóptero defendido por una jirafa y un perro. El seguro de vida era una mierda, le escuché decir al hombre. Tenía razón. Décadas de bipartidismo totalitario y delirante han reducido a Bayamón a esto. El helicóptero estaba atornillado a un poste. La jirafa y el perro habían sido moldeados con cemento. Eran lo que más se parecía a nosotros. En esa calle convertida en desierto urbanizado se encontraba la pesadilla de Puerto Rico.